



Relatos

366

379

LA LEYENDA DE LOS CARCCIONNE

Alberto rebanó la cabeza a una aterrada mujer de unos cincuenta años y sesgó la yugular de su hijo de no más de diecisiete, quien miraba la escena con un llanto inconsolable que lamentablemente era la única banda sonora de aquella escena.

Paolo, el hijo de quién mandaba en la gran familia Carccionne, se acercó a su padre con cara serie.

—¿Por qué les has matado, Don?

—Los encontramos sin dinero y sus familias se han negado a pagar por volverlos a ver, ahora sus cuerpos serán alimentos de bestias de agua en la laguna.

* * * *

Paolo, el nuevo Don de los Carccionne, miraba de reojo a tres de sus mejores hombres que sujetaban a varios niños con cara de susto.

—Esto es lo que hemos podido encontrar cerca de la laguna, la gente no se adentra aquí, es terreno pantanoso...

—Y no tienen mucho dinero que robar en sus bolsillos, son pequeños y pobres ratas —apostilló otro.

El Don se levantó de la mesa donde cenaba, se sacó su daga del cinto y degolló a los pequeños sin contemplaciones, luego pidió sus espadas a los tres asesinos y seguido de certeros golpes les atravesó pulmones, corazón y costado, cayendo los rufianes sin vida.

—Sin botín no hay alimento y con hambre la gente mata —sentenció mientras recogía y limpiaba sus armas.

* * * *

Dos esbirros se acercaron al señor de los Carccionne guiando a tres jóvenes y delgadas adolescentes.

—Son alegres y alocadas, seguro que por ellas obtenemos algunas monedas de la gente de la ciudad...

El fornido hombre las tocó y entonces sintió necesidad.

—¡Dejadnos! —gruñó a sus seguidores, quienes corrían fuera de la estancia.

Momentos más tarde un río de sangre joven empapaba la fría piedra del suelo de la casa del clan cercano a la laguna.

Cuando uno de los jóvenes bandidos vio las primeras gotas de sangre que salían bajo el umbral de la puerta, suspiró frunciendo el ceño.

—¡No queda dinero, Paolo! Lo hemos gastado todo el último invierno para conseguir leña que nos caliente de la humedad de este odioso lugar tan próximo de la laguna. Sé que tú, al igual que tu padre adoráis este lugar, pero podríamos irnos a la ciudad, empezar de nuevo y hacernos una de las familias más respetadas de Mestre, aunque tu testarudo padre jamás quiso escucharme, a él le encantaba disfrazar todas las ideas que yo le susurraba, mía fue la idea de disfrazar los cadáveres para que pareciera que no habíamos sido nosotros los autores y que luego fue nuestra firma de muerte, pero tu padre era terco, tozudo y testarudo...

—¿Qué es lo que habéis dicho, madre? Lo último que habéis pronunciado...

—Que negaba u ocultaba todas mis ideas...

Algo nació en aquel momento en la mente de un sanguinario Paolo, patriarca de los Carccionne de la laguna próxima a Mestre.

Al año siguiente la familia se trasladó a vivir encima de las islas que flotaban en medio de la laguna y sus hombres comenzaron a construir casas en las islas y puentes para conectar a los que allí vivieran.

Cinco años después tuvo lugar la primera edición del carnaval de la nueva Venecia situada encima de la llanura.

La gente empezó a acudir a los festivales de aquella curiosa comunidad que vivía encimad el agua. A los diez años la gente llegaba en carretas y barcos de cualquier tipo en busca de un hueco en aquel bello lugar.

Los Carccionne siguieron asesinando y robando durante generaciones.